



CAPÍTULO 1

*Palacio de Westminster,
diciembre de 1184*

Aunque era poco más de mediodía, la brumosa tarde invernal ya cedía paso al anochecer. La helada lluvia, que había puesto punto final a las prácticas armadas en la planicie, golpeaba contra las celosías como si las gotas fueran cuentas de vidrio. Antorchas y candelabros estaban encendidos, todos los braseros ardían. Más allá de los islotes de luz y calor que éstos creaban, en las escaleras y en los oscuros pasillos de la miríada de edificios de Westminster, un frío húmedo acechaba a quienes fueran tan imprudentes como para arriesgarse a salir sin una capa.

Sentado junto a una ventana, en el Salón Blanco, Fulke escuchaba el rugido del viento y pulía su nuevo escudo para borrar las rayaduras sufridas esa mañana. Su padre se lo había regalado el día de San Martín cuando cumplió los quince años. Era una pieza para un hombre, blasonada con el escudo de FitzWarin, con doce dientes de lobo en rojo.

—¡Ja, seis, gané! —gritó una voz triunfante.

Fulke levantó la vista del escudo y echó una ojeada a la partida de dados que ocupaba al príncipe Juan y a los otros caballeros del grupo de Ranulf de Glanville. Un montón de monedas se deslizó rápidamente desde la superficie de la mesa a las manos de

un hombre de pelo rizado. El príncipe Juan, que cumpliría diecisiete años en vísperas de Navidad, frunció el ceño y cogió la bolsa de su cinto dorado para lanzar más monedas sobre la mesa. Su macizo cuerpo tenía cierta elegancia gracias a una túnica de costosa lana azul, pero el efecto se echaba a perder por su actitud petulante.

Fulke se les habría unido si no fuera porque en su bolsa sólo quedaba medio penique de plata. Si se hubiera tratado de echar pulsos, habría sucumbido a la tentación. No tenía mucha suerte, pero poseía fuerza y talento en abundancia.

Cuando volvió de las campañas en Gales, hacía nueve meses, los otros muchachos le habían llamado paleta y estúpido. Le robaron sus ropas, le hicieron tropezar en las escaleras y le vaciaron un orinal sobre la cabeza cuando dormía. Tardaron una semana en aprender una dura lección: Fulke devolvía con creces lo que le daban. Todavía le seguían llamando tontón, pero ahora era apenas un sobrenombre, una muestra de aceptación en el grupo, aunque no de reconocimiento de su rango.

Estaba en la compañía del príncipe Juan por un favor del rey Enrique a su padre, que valoraba la lealtad de la familia FitzWarin. Fulke sabía que Juan jamás le habría elegido como compañero, de la misma manera que él jamás hubiera elegido a Juan. La edad, más o menos similar, era lo único que ambos jóvenes tenían en común.

Fulke volvió a mirar a los jugadores de dados. El príncipe lo notó y frunció el ceño.

—En el nombre de Cristo, deja de contemplar ese maldito escudo y trae más vino. —Alzó la copa vacía y la sacudió frente a Fulke. Un anillo de amatista brillaba en el dedo medio y otro de oro macizo en el pulgar.

—Señor. —Fulke dejó el escudo a su lado, con cuidado, cogió una jarra de una mesa y se acercó a los jugadores.

—¿Quieres probar suerte, paleta? —preguntó el caballero de ensortijada melena.

Fulke sonrió. Le brillaban sus ojos de color castaño.

—Prefiero que pruebes la tuya, Girard. —Hizo un gesto señalando el nuevo montón de monedas—. Echaré un pulso contigo por ellas, si es que quieres. —Sirvió vino en la copa de Juan y dejó luego la jarra para que los otros se echaran.

Girard lanzó un gruñido.

—¡No volveré a caer en esa trampa!

La sonrisa de Fulke se ensanchó mientras doblaba el brazo para que se marcara el bíceps bajo la manga de su camisa.

—Es una pena.

Girard hizo un gesto grosero y cogió los dados. Fulke le vio lanzar, sacar un tres, y perder sus ganancias; después se volvió y caminó lentamente hacia la ventana y el escudo. Dos bancos con almohadones se encontraban a cada lado de las cerradas celosías, y entre ellos había una mesa de juego en la que el tutor de Juan, el señor de Glanville, había colocado un pesado tablero de ajedrez de madera.

Apoyándose en su escudo, Fulke contempló las piezas de marfil con profunda nostalgia. Recordaba la casa de campo de Lambourn; los rostros de sus hermanos, a contraluz del hogar, mientras jugaban a las tabas frente al fuego. Su madre leía a la luz de una lámpara, con los labios moviéndose lentamente, moldeando las palabras. Él, con su padre, jugaba al ajedrez en un rincón parecido al que ahora observaba. Evocó la frente de su progenitor, arrugada, mientras jugueteaba con un peón comido y estudiaba el próximo movimiento. Fulke sabía que estaba embelleciendo el recuerdo para consolarse, pero incluso sin la pátina añadida era verdadero y sólido. Aunque su melancolía no era dolorosa, extrañaba la calidez y la compañía de su familia. Con frecuencia pensaba que era una pena que el siguiente movimiento de su padre hubiera sido enviarlo a aprender las artes de la caballería entre los más nobles de la tierra.

—Es un gran honor que el rey Enrique hace a nuestra familia —había dicho Fulke Le Brun un día de la última primavera, al volver de la corte. De pie, en las estancias privadas de Lambourn, le había comunicado las buenas nuevas—. Fulke no sólo será instruido por Ranulf de Glanville, el regente, sino que también estará junto a hombres influyentes que tal vez sean capaces de ayudarnos. —Fulke recordó cómo había enrojecido su pálido padre, con una chispa de ambición en sus profundos ojos marrones—. Whittington podría volver a ser nuestro.

—¿Qué es Whittington? —preguntó Alain, el hermano menor de Fulke, levantando la cabeza. Tenía sólo cuatro años y, a di-

ferencia de sus hermanos, aún no tenía grabada en su sangre y sus huesos la *cause célèbre* de los FitzWarin.

—Un castillo y unas tierras que nos pertenecen —contestó su madre, abrazando al pequeño—. Durante los días del primer rey Enrique era de la familia de tu padre, pero después se lo quitaron en una guerra y nunca se les ha devuelto. Tu padre lleva mucho tiempo intentando recuperarlo. —Hablabla de forma sencilla para que el niño pudiera entenderla. Su voz era calmada, no traslucía la amargura que se había acumulado durante los años de disputa.

—Demasiado tiempo —dijo Fulke Le Brun—. La última vez que tuvimos Whittington fue en vida de mi abuelo. Roger de Powys dice que le pertenece, pero miente, no tiene ningún derecho.

—Si el rey Enrique te aprecia lo suficiente como para nombrarme ayudante del príncipe Juan, ¿por qué no te entrega Whittington? —quiso saber Fulke.

—No depende de la palabra del rey —respondió su padre—. Nuestro derecho tiene que demostrarse en un tribunal de justicia, y a veces, si el asunto es complicado o se ve como una mera desavenencia, se deja a un lado para dar prioridad a problemas más urgentes. Dios sabe que lo he intentado. Enrique lo ha prometido, pero para él no es tan importante como para mí. —Miró intensamente a Fulke y le habló de hombre a hombre—. Ranulf de Glanville está en una buena posición para atender nuestras reclamaciones, y él será tu tutor. Sírvele bien en todo y él lo hará todo por ti.

Fulke se había esforzado al máximo, porque no estaba en su naturaleza eludir las obligaciones y porque era tan orgulloso como su padre. Su habilidad para aprender se había desarrollado más allá de toda medida bajo la tutela del regente, y asimiló muy pronto lo esencial del latín y de la ley. Lo que el señor de Glanville pensaba de él, sin embargo, no lo sabía, porque el tutor era un hombre solemne, ya mayor y poco dado a las alabanzas.

Fulke se apartó el pelo de los ojos y frunció el ceño. No le parecía que ser educado en la corte fuera un privilegio tan grande. Estar a disposición del príncipe Juan era una pesadilla. En casa, Fulke era el heredero de las tierras de su padre, era querido, pisaba terreno firme y ejercía un predominio, afectuoso, sobre sus cinco hermanos. Allí era de rango menor, un don nadie que Juan podía utilizar como quisiera. Con frecuencia, eso significaba soportar abusos.

Hubo un repentino movimiento en la mesa de dados al ponerse súbitamente de pie el príncipe Juan y tirar al suelo el jarro que Fulke había llenado momentos antes.

—¡Ladrones hijos de puta, marchaos, marchaos todos! —Juan hizo un gesto violento, señalando la puerta—. ¡No sois más que sanguijuelas! ¡Ninguno de vosotros vale un cubo de orines!

Fulke se alejó de su rincón y se dispuso a seguir a los demás caballeros fuera de la estancia.

—Tú no, paleta —gruñó Juan—. Trae más vino.

—Señor. —Sin expresión alguna, Fulke se agachó a recoger el jarro que había rodado a los pies de Juan. Una abolladura estropeaba las bellas formas del recipiente de plata.

—No deberías haberlo dejado sobre la mesa —repuso Juan con petulancia—. Se ha abollado por tu culpa y tendrás que pagar uno nuevo.

Habría sido más inteligente quedarse callado, pero Fulke fue incapaz de hacerlo.

—Eso no es justo, señor.

Juan entornó los ojos, con ira contenida.

—¿Estás discutiendo conmigo?

Poniéndose de pie, con el jarro en la mano, Fulke se encaró con el príncipe.

—Es cierto que yo dejé el jarro sobre la mesa cuando debía haberlo puesto a buen recaudo, pero no fui yo quien lo tiró al suelo.

Juan hizo un gesto acusador con el dedo índice.

—Pagarás por él, y eso es todo. Ahora trae más vino, y apresúrate.

Sin hacer apenas una reverencia, Fulke salió de la habitación. A pesar del frío invernal, ardía de furia. «No le pagaré ni una moneda», murmuró mientras caminaba por la sala hacia el extremo en donde estaba la mesa del mayordomo.

—Para el príncipe Juan —dijo con voz seca al sirviente.

El mayordomo observó los daños con gesto desaprobador.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—Un accidente. —Aunque Fulke quería estrangular a Juan, el honor y la discreción ataban su lengua ante los demás. Y puesto que no podía decir nada, la rabia ardía aún más ferozmente en su interior.

—Ya es el tercer accidente en lo que va de mes. —El mayordomo puso el jarro debajo de un barril de vino y abrió la espita—. Estos jarros no crecen en los árboles. Cada uno cuesta medio marco.

Casi siete chelines, pensó con amargura Fulke: el salario de una semana de un sargento de a caballo, una cantidad fuera de su alcance, a menos que le pidiera dinero a su padre o que se pasara una semana entera echando pulsos para reunirlo.

Aunque Juan le había pedido que se apresurara, Fulke se tomó su tiempo para volver a los aposentos reales. Quería calmar su furia. Tuvo algo de éxito. Cuando golpeó a la puerta y entró con el jarrón, su resentimiento ya no era un incendio, sino meras brasas.

Juan había abierto las celosías próximas al tablero de ajedrez y estaba reclinado sobre la ventana, observando el tormentoso atardecer. El viento golpeaba los dinteles de las ventanas. Los patios y las callejuelas estaban a oscuras, pues ninguna antorcha aguantaba encendida semejante tiempo; pero había brillos y reflejos luminosos en las salas ocupadas, y los guardias habían prendido una hoguera en un rincón resguardado del patio. Más allá, las ventanas de la gran abadía filtraban la luz de dentro.

Juan se dio la vuelta, con una mano agarrando el cinto y la otra descansando sobre la hebilla.

—Te lo has tomado con calma.

—Había otros esperando a que el mayordomo les atendiera, señor —mintió Fulke, mientras echaba vino en la copa de Juan—. ¿Quieres que me retire? —Trató de mantener un tono cordial, pero se dio cuenta de que no había tenido éxito cuando vio que la expresión de Juan se volvía adusta y mezquina.

—No, puedes quedarte y hacerme compañía. Bien poco haces para ganarte la cena. —El príncipe señaló la jarra—. Sírrete un poco. No me gusta beber solo.

Renuente, Fulke se sirvió un poco en una de las copas vacías. El viento agitaba los tapices de las paredes y las velas de los candiles, amenazando con apagarlas y dejarlos a oscuras.

—¿Cuántos hermanos tienes?

Fulke parpadeó, sin saber lo que pretendía el príncipe, pero seguro de que su ánimo era funesto.

—Cinco, señor.

—¿Y qué es lo que heredarán?

—No lo sé. Eso es decisión de mi padre —respondió Fulke con cautela.

—Vamos. Eres el heredero. Todo será para ti.

Fulke se encogió de hombros.

—Puede que sea así, pero ninguno de mis hermanos pasará necesidades.

—¿Y tú crees que no habrá resentimientos cuando recibas la mejor parte? —Juan hizo un gesto despectivo con la mano y acarició el escudo que Fulke había dejado apoyado en el banco.

—No los suficientes como para que nos distancie. Aunque en ocasiones me pelee con mis hermanos, la sangre es más espesa que el agua.

Juan lanzó un gruñido de amarga alegría.

—¿Tú crees que es así?

—En mi familia, sí. —Fulke bebió un sorbo de vino, consciente de que se encontraba en terreno peligroso. Juan era el más joven de los hijos de Enrique, había nacido después de que la herencia se hubiera dividido entre los otros hermanos, y ninguno de ellos estaba dispuesto a darle la más mínima parte de lo que les correspondía. Juan Sin Tierra, le llamaban, e incluso se lo echaban en cara. Mirando hacia la salvaje y oscura noche, sintiendo el golpe del viento sobre el rostro, Fulke comenzó a entender. En su posición privilegiada de hijo mayor, con la herencia asegurada, se convertía en chivo expiatorio de las amarguras de Juan—. Mi padre dice que todos somos un cuerpo. La cabeza no puede funcionar sin torso o sin miembros. Lo que le haces a uno, se lo haces a todos.

—Mi padre dice —se burló Juan—. Por Cristo, ¿sabes cuántas veces repites eso cada día?

Fulke se sonrojó.

—Si lo hago es porque habla con sensatez.

—O tal vez porque eres un niño que todavía no ha aprendido a pensar por sí mismo. —Juan le lanzó una mirada desdeñosa y cerró las celosías. Las velas dejaron de parpadear y un repentino silencio cayó sobre la habitación, impregnada con el olor de la cera ardiendo. El príncipe se sentó, malhumorado, frente al tablero de ajedrez, y se puso a jugar con uno de los alfiles.

Fulke, casi desesperado, se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que sonara el cuerno anunciador de la hora de la cena. A juzgar por lo avanzado del atardecer, no podía tardar.

—¿Qué te parece una apuesta, paleta? —inquirió Juan señalando el tablero—. Gáname al ajedrez y no tendrás que pagar el jarro de plata.

A Fulke no le pasó desapercibido el tono burlón de la voz de Juan. El príncipe era un consumado jugador de ajedrez y su talento había sido perfeccionado por su tutor, el señor de Glanville, con cuya incisiva inteligencia había conseguido que lo nombraran regente. El talento de Fulke era errático, desarrollado no tanto por la lógica y la instrucción como por el placer del juego y la habilidad de pensar con rapidez bajo presión.

—Si así lo deseas, señor —admitió con resignación mientras se sentaba.

Juan le lanzó una sonrisa denigrante e hizo girar el tablero para que las piezas blancas quedaran de su lado.

—Muevo primero.

Fulke tocó su escudo para darse suerte. Sabía que, hiciera lo que hiciera, no saldría ganando. Si perdía, tenía que conseguir el dinero para la jarra. Si ganaba, Juan buscaría otro modo, más sutil y malicioso, de castigarlo. Lo mejor era perder lo más rápido posible y después cubrir de elogios al príncipe. Era lo que cualquiera de los otros caballeros haría.

Fulke tendió la mano hacia un caballo, completamente decidido a entregarle la victoria a Juan, pero en contra de su voluntad, una perversa contracorriente alteró el movimiento y la jugada que hizo en realidad se convirtió en un abierto desafío.

Juan entornó los ojos.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó, tenso.

—Me lo enseñó mi padre —replicó Fulke con ánimo provocador. Era extraño. Ahora que ya estaban sumidos en la batalla, sentía la fuerza arrogante de una involuntaria contracorriente creciendo en su interior. El afán de triunfo era su verdadero ser. Jugaba tan bien como Juan, pero de manera diferente, eso era todo. Si entraba en el juego del rival, sería derrotado sin importar el resultado. Pero si se ajustaba a sus propias reglas, era libre, y al diablo con las consecuencias.

Juan intentó arrinconarlo, pero Fulke se defendía bien, planteando pequeñas escaramuzas que neutralizaban constantemente el ataque del príncipe. La frustración de Juan iba en aumento, tanto por

la audacia de los movimientos de Fulke como por el hecho de que le resultaba imposible derrotarlo. Bebió otras dos copas de vino; jugueteó con sus anillos y se mesó la rala barba negra. Su expresión cada vez era más sombría.

Fulke movió un alfil.

—Jaque —sentenció. Sería mate en dos movimientos, y nada de lo que hiciera el rival podía impedirlo.

Juan le miró furioso, boquiabierto. Le centelleaban los ojos, calculando los movimientos igual que Fulke había hecho antes de mover. Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—Supongo que fue también tu padre quien te enseñó a hacer trampa —dijo con la voz ahogada por el desprecio.

Fulke apretó los puños y se esforzó para controlarse y no romperle los dientes de un puñetazo.

—Gané limpiamente. No tienes derecho a poner en duda el honor de mi familia para justificar tu derrota, señor.

Juan se puso de pie de repente. Dio un golpe brutal con el puño y desparramó las piezas del tablero por toda la estancia.

—¡Tengo derecho a hacer lo que quiera!

—¡No conmigo o mi familia! —Fulke también se puso de pie, con los ojos oscurecidos por la ira—. Por nacimiento, eres el hijo de un rey, pero en este momento, ¡le tengo más respeto a una cloaca que a ti!

Juan lanzó un rugido. Cogió el tablero de ajedrez con ambas manos y lo estrelló con toda su fuerza contra la cara de Fulke.

La nariz del agredido crujió. Se tambaleó por la violencia del inesperado golpe. Notó el tibio calor de la sangre que brotaba. Levantó una mano hacia el rostro y, apartándola, observó asombrado los dedos enrojecidos.

Juan se volvió a lanzar contra él. Fulke esquivó el golpe y le propinó una patada. El príncipe se tambaleó. Pisó con el talón una de las piezas de ajedrez y se cayó de espaldas. Se golpeó la cabeza contra la pared con un sonido sordo. Las rodillas se doblaron bajo su peso y cayó al suelo como un toro inconsciente.

—¡Cristo, maldito Cristo! —exclamó Fulke, agitado, y apretando la nariz contra la manga se acercó dando tumbos al cuerpo de Juan. Su primer pensamiento fue que le había matado, pero luego observó que el pecho del príncipe se elevaba y descendía, y que el

pulso era apreciable en el cuello. La furia y la sorpresa se revolvían en su interior. Le invadió un terrible malestar—. Señor, ¡despierta! —Sacudió al príncipe por los hombros, atemorizado. Ahora estaba metido en serios problemas.

Juan lanzó un quejido pero no abrió los ojos. La sangre que brotaba de la nariz de Fulke salpicaba y empañaba la costosa túnica azul. Conmocionado, Fulke fue a la mesa, se sirvió un poco de vino y se lo bebió rápidamente, notando el sabor de su propia sangre mezclado con el del alcohol. Luego volvió a llenar la copa y se la acercó a Juan. Le cogió por los hombros y le mojó los labios con el vino.

Se oyó el ruido del picaporte y la puerta se abrió de repente. Ranulf de Glanville y su sobrino, Theobald Walter, tutor de armas de Juan, contemplaron la escena, atónitos, desde el marco de la puerta.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Theobald Walter, con sus ojos grises desorbitados de puro asombro—. ¿Qué sucede aquí? Fulke tragó saliva.

—El príncipe se golpeó la cabeza, y no puedo despertarle. —Su propia voz le zumbaba en los oídos. Tenía una entonación pastosa, porque la sangre le obstruía la nariz.

—¿Y cómo se golpeó? —Lord Walter avanzó por la estancia, con paso firme y autoritario. Se había cambiado la vestimenta para las prácticas con armas de esa mañana por una túnica que le llegaba hasta los tobillos, de lana roja, bordada con hilos de oro. Todavía llevaba la espada, como simple símbolo de su rango. Detrás de él, Ranulf de Glanville cerró, prudentemente, la puerta.

—Yo... nosotros... tuvimos un desacuerdo y nos peleamos —explicó Fulke, sintiéndose miserable. Comenzó a notar entre sus ojos un dolor intenso, semejante a un latido hiriente.

Lord Walter le lanzó la misma mirada escrutadora y analítica con la que observaba a los caballeros en el campo de prácticas.

—Una pelea —repitió. Su voz era serena y agradable. Theobald Walter nunca gritaba. Un simple gesto con sus cejas o una mirada intensa le bastaban para poner a los caballeros en su sitio—. ¿Por qué motivo? —Se arrodilló al lado de Fulke y le crujieron los huesos levemente al hacerlo. A sus treinta y nueve años estaba en buena forma, pero los inviernos ingleses se cobraban su tributo en él igual que en el resto de los hombres. Fulke apretó los labios—. No te quedes calla-

do, muchacho —continuó lord Walter, cortante—. La verdad te servirá mejor que el silencio. —Volvió la cabeza de Juan hacia un lado, con delicadeza, y encontró la hinchazón debajo de su cabello. Luego olió el aliento del príncipe y se apartó con un gesto de desagrado.

Fulke miró fijamente a los ojos al barón. Durante las lecciones con armas, Theobald había demostrado ser justo y paciente.

—El príncipe me acusó de hacer trampas al ajedrez, y cuando lo negué, me golpeó con el tablero. Yo... —Apretó las mandíbulas—. Yo le pegué para defenderme y él se cayó de espaldas y se golpeó la cabeza.

—¿Tan grave es? —Mesándose su espesa barba gris, Ranulf de Glanville se acercó. Su rostro mostraba una incongruente mezcla de alarma y desagrado.

—Tiene en la nuca un chichón del tamaño de un bebé, pero no creo que haya motivo para llamar a un sacerdote. Si no responde es, entre otras cosas, porque lleva tanto alcohol encima como un barril de aguardiente. —Theobald lanzó una breve mirada a su tío y luego a Fulke—. La nariz de este muchacho no volverá a ser tan perfecta como lo era esta mañana. Pero ése será todo el daño.

De Glanville se agachó para recoger el tablero de ajedrez. Observó que estaba partido por la mitad.

—¿Dónde están los demás? —Sus ojos azules miraban con gélida expresión.

—El príncipe les mandó retirarse, señor. —Fulke se enfrentó al regente, sintiéndose como un alma perdida frente al trono de Dios en el día del juicio—. Yo también me hubiera ido, pero él quería más vino... y después se empeñó en jugar conmigo al ajedrez.

Juan emitió un gruñido y abrió los ojos, concentrándolos precariamente en Fulke, que seguía inclinado sobre él.

—¡Hijo malparido de una malparida puta! —soltó, tomando aire, y luego se dio media vuelta para vomitar los restos de una tarde de alcohol y otros excesos—. ¡Te arrancaré la piel por lo que has hecho!

—Señor, no estás en condiciones de hacer nada, salvo procurar curarte la cabeza partida —dijo con frialdad De Glanville. Hizo un gesto con la cabeza a Theobald—. Lleva a Fize Warin fuera de aquí y que se asee. Mientras te ocupas de eso, supervisa también al resto de los ayudantes de su alteza. Esto lo resolveremos más tarde.

Siendo, como era, veinte años mayor que Theobald, prefirió no inclinarse al lado de Juan, sino sentarse en uno de los bancos cubiertos de almohadones, y observar impávido y amenazador al joven caído, como si fuera un búho mirando desde un árbol.

Theobald se puso de pie, obligando a Fulke a hacer lo propio.

—Ven —le ordenó, bruscamente, pero no sin afecto.

—¡Quiero ver a mi padre! —exigía Juan con petulante veneno en la voz, mientras Theobald acompañaba a Fulke fuera de la habitación.

El joven escudero temblaba mientras Theobald le conducía por el gran salón anexo a la cámara de Juan. El dolor le latía con ardiente ritmo entre los ojos y tenía que respirar por la boca. El metálico sabor de la sangre le llenaba el paladar.

—¿Es verdad que acudirá al rey?

Lord Walter no tenía consuelo que ofrecerle.

—Conociendo al príncipe Juan, no me cabe ninguna duda.

Fulke hizo presión sobre su nariz con la palma de la mano y examinó la mancha roja resultante.

—Supongo que seré expulsado del grupo de acompañantes del príncipe Juan —dijo, sombrío.

—Casi con toda certeza. —Theobald le miró de reojo—. ¿Pero de verdad querrías quedarte después de esto?

—Mi padre dice que ser educado en la corte del rey Enrique es una oportunidad que no tiene precio y un gran honor para nuestra familia. —Cuando pronunció estas palabras, Fulke se percató de que las burlas de Juan tenían fundamento. Siempre estaba citando a su padre.

—Tiene razón —admitió Theobald con aire pensativo—. Salvo en lo que se refiere al precio.

—¿Cómo dices, señor?

—Nada. —Theobald se detuvo de improviso, y con un gruñido, mezcla de satisfacción e irritación, giró bruscamente hacia la izquierda.

Fulke vio que la partida de dados continuaba desarrollándose en uno de los recovecos formados por las columnas del salón. Girard de Malfee volvía a ganar y la doncella de alguna dama noble le observaba con admirados ojos de paloma.

—Ya es suficiente. —Theobald se acercó a ellos, con las manos apretando su cinturón—. Id a atender a vuestro amo.

—Pero él nos ordenó salir, mi señor —objetó Girard, con voz pastosa por la abundante bebida.

—Y ahora yo os mando de regreso, y mi señor De Glanville os espera allí. Id todos, u os tendré puliendo cascos una semana entera. Y podéis dejar el jarro aquí. Ya habéis causado demasiado daño. Tú, muchacha, a tus tareas.

La joven le echó una mirada, mitad temerosa, mitad resentida, y partió entre el susurro de sus faldas verdes. De mala gana, Girard comenzó a reunir sus ganancias. Levantó la vista con intención de decirle algo a Theobald, y entonces vio a Fulke de pie, detrás del caballero.

—Por Cristo, paleta. —Se quedó boquiabierto por la sorpresa—. ¿Qué te ha sucedido?

Todos los caballeros miraban.

—Me tropecé —explicó Fulke.

Theobald hizo un gesto con su pulgar.

—Obedeced. Ahora —ordenó.

Los muchachos se fueron, formando un extraño grupo medio mareado, y Theobald sacudió la cabeza como un toro irritado.

—Dios me guarde en mi vejez de necesitar a estos buenos pájaros para nada —gruñó.

Sorprendido por un mareo repentino, Fulke se tambaleó. Theobald le sujetó del brazo.

—Firme, muchacho. Vamos, aguanta. No eres una niña, lo que tienes no es para que te desmayes.

Dolido por el insulto, el rostro de Fulke se ensombreció. Enderezó la espalda y respondió.

—Estoy bien, mi señor. —No era verdad, pero su orgullo y la fuerza del brazo de Theobald le ayudaban a mantenerse en pie.

Un destello satisfecho brilló en los grises ojos del noble.

—Sí —le dijo—. Entre todos estos inútiles y estúpidos, creo que eres el único que está bien.